

Continuidad de la memoria y acción social total en los sismos de México

Diego Lizarazo Arias

Ciudad de México, septiembre de 2017. Fotografía: L. Radwanski



NO PODEMOS CARACTERIZAR LOS SISMOS sólo como desastres de la naturaleza, porque constituyen catástrofes sociales resultado de la forma en que hemos construido o abandonado el espacio público y privado, en la condición de desigualdad social y económica, y en los esquemas de respuesta. De las múltiples miradas que ello convoca, reviste especial importancia la acción ciudadana de rescate y atención solidaria que, por un lapso de tres o cuatro días, afloró con gran intensidad. Tiempo, percepción y experiencia social singular, que pide una lectura no posible con las claves de abordaje de la acción social rutinaria.

La acción social total

En el *Ensayo sobre el Don*, Marcel Mauss propone el concepto de “acto social total” para hacer visible la densidad cultural que subyace a ciertos hechos individuales. Mauss da cuenta de las estructuras que fundan el intercambio de bienes en las sociedades “arcaicas”, para conjurar la interpretación simplista que naturaliza tan capital acción social. Tiempo después, Lévi-Strauss señaló que dichas “comunicaciones” no son sólo trueque de objetos, sino especialmente reciprocidades simbólicas y parentales. Así, cuando Marcel Mauss da cuenta del intercambio de bienes entre los polinesios, refuta cualquier explicación que la asimile a una “economía natural” anterior a las instituciones sociales y culturales. El intercambio específico sólo es posible porque los individuos pertenecen a colectividades que norman tales acciones en un marco de derechos, obligaciones y valores inscritos en una historia que incluye instituciones económicas, religiosas, jurídicas y morales.

Al igual que ciertos hechos revelan la sistematicidad de las instituciones, hay también totalizaciones de signo

contrario, instantáneas de negación de tales organizaciones. Mijaíl Bajtín identificó así el valor del carnaval en la Edad Media. Entrecruce ritual y lúdico que ponía en entredicho, por un tiempo limitado, las jerarquías y las instituciones que tramaban la existencia colectiva. El solemne poder de las monarquías y de la iglesia fue resistido en el escarnio y la parodia que las fiestas del pueblo posibilitaron; el carnaval era una fuerza de remoción de las obligaciones y los agobios del poder. Sin embargo, esta fuerza carnalesca no es una cotidianidad, como podría serlo la parodia o el ejercicio crítico que aparece hoy, por ejemplo, en el periodismo, en el humor callejero, o en el escarnio digital. Es una fuerza que tiene algo de telúrico, de propagación, y de “acto social total” en el sentido de poner en cuestión el conjunto de las reglas e instituciones sociales. El acto social total del carnaval radica en una especie de rebasamiento de la sociedad contemporánea por la historia social. Su abjuración totalizadora no proviene de un acuerdo contemporáneo, sino de una fuerza mayor que la hace viable: se trata de un mito, que por su origen arcaico, rebasa siempre el presente.

Los rompimientos del sismo

La violenta experiencia colectiva que los sismos del 85 y del 17 han producido en México, no sólo proviene del duelo individual y social por las vidas perdidas, del espacio colapsado, de la damnificación económica y existencial, sino también de la inoperancia de las instituciones, de las promesas incumplidas, de la corrupción, de la inanidad de gobiernos lentos, lejanos, incapaces de sustentar la vida cuando la tierra sacude sus entrañas y fractura la existencia. No es sólo una violencia telúrica, sino también política, porque emerge una sensación colectiva de estar descubiertos, desvencijados,

sin comunicaciones y sin estructuras de atención y solvencia: la sensación de hallarse en un mundo sin Polis. “Somos los más jodidos del temblor, de por sí somos los más pobres de esta zona, ahora quedamos peor que antes”, decía Paloma Linares, días después de ocurrido el sismo del 19 de septiembre y de dormir bajo la lluvia, junto con sus padres y sus tres hijos cobijados por una carpa insuficiente, a la intemperie, mientras las pocas cosas que pudieron sacar de la casa, se echaban a perder en la inclemencia.¹ “(...) nos consideran oaxaqueños de tercera o cuarta, siempre nos dejan en el abandono, no hay apoyo, cuándo vendrán los funcionarios a esta zona como lo hacen en otros lugares (...) aquí no hay aerogeneradores ni grandes inversiones, sólo gente humilde y trabajadora que no le interesa ni a un gobierno, ni municipal, ni estatal, ni federal”, sostenía Gaspar Díaz Reyes en San Miguel Lachuguirí, después de los sismos del 7 de septiembre, en un contexto en el que se registraron ochocientos mil damnificados y cuarenta mil viviendas afectadas en la región zapoteca del Istmo oaxaqueño.²

Desafortunadamente, esta orfandad es cotidiana para una sociedad lacerada por el colapso de dos sistemas troncales de la Polis: la protección de la vida —según el Semáforo delictivo, 2017 es un año mortífero: veinticuatro mil asesinatos y diecisiete mil ejecuciones— y la inanición económica de sustanciales grupos sociales (43.6 por ciento de los mexicanos en la pobreza según el CONEVAL). Pero los sismos provocan un momento de totalización. Es tal su fuerza de irrupción que todo se suspende y a la vez todo resulta, de una nueva forma, conectado. Entonces la corrupción, la inoperancia, la privación se revelan claramente ante la sociedad, ya no como excepciones, sino como una negativa y reinante estructura de injusticias y privilegios. En contrapartida, constituida a partir del dolor y el desconcierto, se produce una “sincronización comunitaria” de gran escala en la que se ponen en cuestión, por un lapso limitado, las estructuras de jerarquía, los códigos sociales, el sentido de las funciones públicas

¹ América Muñoz, “Santa Martha: afectados por el sismo y la pobreza” en: *La silla rota*, 21 de septiembre de 2017: <https://lasillarota.com/estados/santa-martha-afectados-por-el-sismo-y-la-pobreza/178223>

² Faustino Romo Martínez, “Sierra Mixe-Zapoteca en el abandono tras sismo de 8.2”, en: *El Imparcial del Istmo*, 13 de septiembre de 2017: <http://imparcialoaxaca.mx/istmo/56764/sierra-mixe-zapoteca-en-el-abandono-tras-sismo-de-8-2/>

y las definiciones de su poder. Esta reacción social de vasta envergadura, bajo la organización para ayudar ante lo más apremiante, significa la suplencia de las estructuras institucionales donde no alcanzan y la retoma colectiva de un subsuelo social que requiere ser atendido ante la falla de poderes que resultan de facto cuestionados. La totalización negativa que el carnaval producía está aquí concitada por la fuerza mayor, destructiva, de los terremotos.

Las continuidades de la memoria

Esta sincronía posibilita la percepción colectiva de la insustancialidad de los códigos de jerarquización social y política:

—¿Ya llegaste? —le dijo el rescatista al gobernador de Morelos, Graco Ramírez— ¿Dos días después y a las cuatro de la tarde? Nosotros estamos aquí desde el primer día; y hoy, desde las siete de la mañana. —No me faltes al respeto —articuló el funcionario. —Somos iguales —estalló la gente. Aquí todos somos iguales.³

La diferencia entre gobernantes y gobernados se vive como artificiosa, aunque se tenga conciencia del acopio del poder situado en uno de los extremos. En todo caso, la condición extraordinaria produce una suerte de nuevo poder, emergente del suelo, de la tarea directa, que permite cuestionarlo. Difícilmente, en otra situación un joven pobre de Chalco podría interpelar así al gobernador. Ese poder de abajo proviene de una legitimidad ética casi inaccesible para el poder constituido. La sociedad se hace cargo de su desafío, consciente de la futilidad institucional, en una molestia a veces casi a punto del conflicto, como ocurría en ciertos centros de acopio de los gobiernos estatales y federales a los que llegaban las donaciones, o como ocurría en zonas de desastre entre rescatistas comunitarios y militares que parecían actuar por un plan de control de poblaciones y repliegue de la ciudadanía.

Este reposicionamiento transitorio de la energía social no es espontaneidad, tiene un fondo más amplio en el que halla su sentido. Dos ejes de continuidades lo subsumen:

³ Fabrizio Mejía, citado en: Arturo Santamaría, “Dos escenarios del futuro inmediato” en: *Noroeste*, 7 de octubre de 2017: <http://www.noroeste.com.mx/publicaciones/opinion/opinion-101763>

1. La percepción social de la “continuidad telúrica”. Es inevitable recordar en el sismo de hoy el terremoto de ayer. Este reconocimiento es laceración, porque para quienes viven la pérdida de parientes y amigos, el retorno de la desgracia implica un doble duelo. Pero también es posibilidad, porque ante la sentencia de la repetición, está la posibilidad de prepararse mejor, lo que implica dos esferas: la micro, que va del individuo a sus círculos cercanos, y en cuyo chance se juega la educación y la generación de hábitos de respuesta fundados en criterios más eficaces; en la esfera macro hay una densidad política, porque se abre un abanico que va desde la dotación de tecnologías de alarma, pasando por programas más eficaces de prevención y educación, la dignificación ética y jurídica de los controles oficiales y corporativos para las construcciones, hasta decisiones de gran envergadura, que fundadas en la traducción científica del habla de la naturaleza, optarían por redefinir los espacios no sobre las urgencias de los desarrollos económicos o políticos, sino de la adecuación a un territorio que siempre ha sido naturaleza antes que asentamientos. Pero los vicios de la política prevalecen desde el último sobresalto.
2. La continuidad más definitiva radica en el lazo entre la respuesta comunitaria de hoy y la de ayer. La naturaleza de esa continuidad proviene de un mismo sentido de otredad, de solidaridad que se mantiene con significativa energía, después de treinta y dos años. Esta ética de la otredad que aflora en las comunidades urbanas y rurales de México no logra entenderse si apelamos a una significación superficial de la solidaridad, como aquella que, por ejemplo, aparece en la publicidad corporativa y política que enarbola el eslogan de un “México de pie” o de un México en el que todos, como una familia, nos reconciamos. No es equivalente la unidad en las carpas compartidas en medio de las calles quebradas que la emoción de unidad inducida desde las pantallas, o la unidad oportunista de la política, que espera su rentabilidad. Walter Benjamin identificaba el sentido de esa unidad no sólo como los lazos del presente, sino especialmente como una responsabilidad con el pasado. Reconociendo la inexorable pérdida de parte de lo acaecido, la tarea social es hacer inolvidable “todo lo que sucedió

alguna vez”, la memoria de las víctimas, de los damnificados y agraviados, la memoria de las afrentas, como “el acuerdo tácito entre las generaciones pasadas y la nuestra”. Esa solidaridad tiene como su materia no sólo el recuerdo de lo acontecido, las condiciones sociales y políticas que produjeron la devastación en el pasado, sino también la voluntad de impedir que dichas condiciones se prolonguen indefinidamente. La memoria del 85 persiste, y así como su recuerdo nos muestra que la fuerza telúrica de la tierra es anterior a la violencia vivida en septiembre del 17, la conciencia de otredad que se desplegó en la Ciudad de México, en Morelos o Chiapas, es anterior a este instante aciago.

Judith Butler ha planteado el contraste construido por la política de guerra, y en cierto sentido por la política general, entre aquellas vidas dignas de ser vividas y las que resultan prescindibles. Inherente le resulta la operación comunicativa que busca convencer de que hay vidas cancelables, por ejemplo, si constituyen una amenaza general. Un efecto de ello es la productividad de la imagen que diferencia entre vidas perdidas lloradas y vidas indiferentes, como Butler observa respecto a la fotografía de guerra contemporánea. En nuestro contexto, la televisión lloró y conminó al llanto a su inmensa audiencia por el rescate de una víctima que nunca existió. Incluso en momentos tan graves como estos, la televisión no logró generar un esquema distinto al de la fabulación, ahora convertida en teatro de la crueldad, pero la indignación ante el engaño responde a un contraste mayor entre concepciones de lo social y de la vida. Al espectáculo como impronta, al oportunismo necrótico que aprovecha la muerte y el sufrimiento para promoverse y lucrar, a la urgencia de las instituciones y los funcionarios públicos por reanudar lo antes posible las actividades, regresar a la normalidad en las escuelas y los trabajos, activar rápido la productividad y desmontar sin espera la movilización social; la dinámica comunitaria reticente señalaba la necesidad de continuar con el movimiento de rescate, de búsqueda, de atención encaminada a una reconstrucción no sólo de las infraestructuras, sino particularmente de los tejidos sociales, tan lastimados por la infausta política y el crimen, ahora revelados como un chance de recuperación de esa solidaridad profunda, fincada en un presente lleno de pasado. ■